

ILLUSTRATION

NON PLUS ULTRA

6



SUSCRICION

Semestre... 3 Ptas.

Año... 5'50 id.

Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.

ESCUDELLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. VI

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 14 Octubre 1886

Año I

NÚMEROS SUELTOS.

10 céntimos de peseta
y 15 los atrasados.

De venta en las librerías,
kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

Núm. suelto 10 cent. de peseta

*

Núm. suelto 10 cent. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

NUESTRAS LAMINAS

LA PINTORA

Es la mujer enamorada de lo bello, que en vez de consumir las horas ociosas en visitas y paseos, donde la murmuración y la envidia ejercen absoluto imperio, cultiva su espíritu y recrea su corazón cultivando el arte de Apelles.

LA SEÑAL DE LA CRUZ

Precioso grupo, obra del escultor M. Fuxá y Leal á quien ha reportado distinguidas recompensas en cuantos certámenes ha figurado. Véase la poesía que con el mismo título publicamos en otro lugar de este número.

REVISTA DOMICILIARIA

Aunque rico y de noble alcurnia, don Aquiles es un hombre honrado en todos sus cinco sentidos. Su padrino, el general Centellas, impúsole el nombre de Aquiles en la pila bautismal, y su madrina el de Insólito, para que, estimulado por tan heroico patronímico, el niño, al llegar á hombre, emprendiese y realizase hazañas de degüello é ira que dejasen tamañitas las del hijo de Peleo, y acendrasen la reputación de valiente adquirida por la raza de los Ladrones de Leon, de cuya estirpe provenía por línea recta de varón el bautizado. Pero este defraudó por entero las rabiosas esperanzas de su familia.

Un día, á fin de entretener el ocio, se dispuso á leer uno de los periódicos á que estaba suscrito, cuando quiso la casualidad diera con un diario que no le pertenecía y que llevaba por título: *El Exterminador*. Picándole en curiosidad, y aunque su timidez, de acuerdo con su conciencia le gritaba arroja ese papelucho, pudo más su voluntad, y leyó lo siguiente: «¡Oh! tú, rico, que te encorvas en el sofá bajo el peso del oro que te sobra, teme el cercano día de las venganzas, si en este momento no te levantas y no acudes á las humildes buhardillas donde tu infeliz hermano muere á estas horas de hambre, víctima de tus perfidias que le han robado el pan que destinabas para tus perros. Por hoy te enviamos la maldición de Dios; mañana te enviaremos una bala en el corazón.»

Don Aquiles se levantó espeluznado, bajó brincando la escalera y echó á andar.

Paróse ante una casa de miserable aspecto, y entró saludando.

—¿Qué se le ofrece á usted?—dijo, saliéndole al encuentro una mujerzuela.

—Venía, señora, para enterarme de las necesidades del barrio, que sé son muchas.

—¡Ay! caballero; en cuanto á necesidades y pobreza no podía haberse V. dirigido á casa que estuviese mejor provista de ellas.

—Voy á remediar los apuros de V. y de toda la vecindad.

—¿De toda la vecindad dice usted? ¡Ay, pobre señor; no lo haga V. porque va á llevar chasco! Mire V., ahí en el primer piso encontrará un matrimonio, que si le coge á V. un duro, al momento estará en el cajón de la taberna. El vecino de enfrente es un vanidoso que le arrojará á la cara la moneda que V. le dé, y, sin embargo, como no ama el trabajo, tiene que dedicarse al oficio de echacuervos, sino quiere caer de estenuación. Más arriba hay un padre con cinco hijos, completamente estropeados.

—¡Pobre hombre!

—¡Cál no, señor; si los chicos estropeados son una viña. Usted no sabe lo que diariamente recoge mendigando. Luego hay otra familia al lado, que esa sí que viviría holgadamente con lo que gana, pero le ha entrado á la madre la manía del rumbo, porque es fantasiosa.

Quien trabaja como un condenado es el fundador del sotabanco; pero ¿qué le haremos si no puede muchas veces cenar, porque mantiene una bailarina que en una sola noche le come lo que el infeliz gana en quince días? Después tenemos ahí cerquita un mameluco, que dicen que escribe un papelote llamado *El Exterminador*...

—¡Hola! ¿Eh?—exclamó don Aquiles, temblando como perlatico.

—Valiente exterminador es él. Dicen que hizo algún cuartejo no sé en qué clase de negocio, y hoy ha venido á establecerse en este barrio, donde se hace rico prestando cantidades á razón de dos reales semanales por duro, cobrándose un mes por adelantado. Tenemos todos unas ganas de echarle las garras al cuello al bribón, porque además de estas ventajitas que le cuento, ha concluido por fundar un garito que es la perdición de los vecinos.

Don Aquiles, al oír esto, quedó como alelado, y no bien repuesto de su asombro sacó un billete de mil reales y lo entregó á la mujer, diciéndole:

—Tome V., señora; V. que conoce tan perfectamente á sus vecinos acertará mejor que yo la forma de repartir esta cantidad.

—¡Oh, caballero! No, no; mi marido me la tomaría para gastarla con la Ignacia.

—¿Pues, qué me aconseja V. que haga?

—Que la ponga en la Caja de ahorros á nombre de mis hijos,—dijo la mujer, llorando.

Aquella noche don Aquiles escribía en su libro de memorias esta máxima: «Los que son desgraciados es porque han puesto los medios para serlo.»

MANUEL RÍOS

HISTORIA DE UNA PASION

POR

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

Alas me diste, amor: brío potente
para subir al trono de mi gloria,
ostentando el laurel de la victoria
con que deseaba engalanar mi frente.
¿Qué esfuerzo no darás, si eternamente
eres el numen de la humana historia,
placer ansiado, celestial memoria,
y único móvil que la vida siente?
Por tí es el héroe, y son por tí los sabios:
por tí se trueca en himno la querella,
y fluye miel de los amargos labios.
Que Dios tan sólo «¡la creación es bella!»
dijo, olvidando inúmeros agravios,
cuando te vió ¡oh amor! brillar en ella.

El *Angelus* vespertino
anunciaba la campana,
cuando la luz de mis ojos
á su cabrita abrazaba.
Después que con dulces besos
y caricias regaladas,
y mimosas reprensiones,
hubo dado rienda larga
á su inocente alegría,
me dirigió una mirada
tan llena de gratitud
que conmovió mis entrañas.
—«Por tan insigne favor
rindo á V. cordiales gracias;»
me dijo con voz vibrante
como el gemido de un arpa.
—«En servirla, señorita,
yo sólo soy el que gana;»
contesté, y desde aquel punto
comenzó una dulce plática
que juzgo que las estrellas
pararon para escucharla.
Primero frases corteses;
luego afectuosa confianza;
después vehementes protestas;
y al fin promesas sagradas.
De toda pasión terrena
vírgenes nuestras dos almas,
se unieron como en el éter
dos límpidas gotas de agua.
Contéla yo mis ensueños,
contéla mis esperanzas,
y que para amar nacido
antes de verla la amaba.
Ella me dijo, que Luisa
era su nombre, y que extraña
vivía al mundo, pues huérfana
de madre en edad temprana,
su padre de condición
áspera y un tanto avara,
no le permitió jamás
otra libertad más amplia,
ni otro lujo más subido,
que en las ardientes jornadas
del estío ir á habitar
en su solariega casa,
y dejar que á sus anchuras
por el monte paseara
sin más dulce compañía
que su fiel cabrita blanca.
Durara el coloquio cuanto
nuestra existencia durara,
si el ladrido de un mastín
que se acercaba sin pausa,

no nos hubiera arrancado
de aquella tierna y estática
contemplación.—«¡Dios piadoso!
¡que tarde es! ¡Sultan me llama!»
dijo Luisa, y recogiendo
mil florecillas en su halda,
se separó presurosa
seguida de su leal cabra.

(Se continuará)

LA SEÑAL DE LA CRUZ

—«Cuando despierta la alondra,
cuando despierta la flor,
abren, aquella sus alas
y esta su cáliz al sol,
enviando la una sus trinos,
y la otra su aroma á Dios.

Tu, hijo mío, menos que ellas
no seas, y con fervor
eleva trinos y aromas
rezando santa oración.»—

Y la madre de su hijuelo
la manecita tomó,
y poniéndola en la frente
dijo así con dulce voz:

—«Pensando devotamente
que por darte vida y luz
Dios sufrió muerte inclemente;
di conmigo reverente:
por la señal de la cruz...

—¡De la cruz!...

—«Pues dentro los corazones
con horribles tentaciones
el pecado busca abrigos
para causar desazones,
di de nuestros enemigos...

Enemigos...

—«Para el que con fe le implora
Dios es escudo y maestro;
su protección salvadora
evoca diciendo ahora:
libranos Señor, Dios nuestro...

—Dios nuestro...

—«Para que su santa gracia
te otorgue siempre de fijo,
y te guarde de desgracia,
ruégale con eficacia,
en nombre del Padre é Hijo...

E Hijo...

—«Y verás el santo Edén
cual lo desea tu madre,
si rezas con fe también
á más del Hijo y del Padre,
el Santo Espíritu. Amen...

—Amén...

Un beso dulce fué el sello
con que la madre cerró
aquella risueña boca
que había dotado Dios
con los trinos del jilguero
y las galas de la flor.

LO QUE CUESTA LA BARBA DE UN REY

En 1137 murió Guillermo, duque de Guyena, dejando por única heredera á su hija Leonor, de dieciseis años. La Guyena era entonces un pequeño reino que componían la Gascuña, la Saintonje y el Poitou. Leonor era, pues, un excelente partido, y algunos meses después casó con ella el rey Luís VII de Francia.

Jamás hubo matrimonio menos feliz. Luís era grave,



enemigo de los placeres, pero de una dulzura y humildad extremadas. Leonor, por el contrario, era excesivamente soberbia, ligera, y dada á la coquetería hasta el punto de poner su reputación á riesgo de sospechas. El rey no cesaba de lamentar en secreto la conducta de aquella princesa, que no respetaba su rango ni su dignidad personal. La reina, por su parte, maldecía su suerte, que le llevó á entregar su mano, no á un rey, sino á un monje, que parecía querer enterrar sus gracias en un claustro.

Figuraba entre los favoritos de Luis VII, el obispo de París, Pedro Lombardo, célebre por su ciencia teológica. Aconsejó un día al rey, en cuyo ánimo ejercía grande influencia, que se cortase la barba y los cabellos, fundándose en que, según ciertos versículos de la Sagrada Escritura, una larga cabellera, y sobre todo una poblada barba, eran cosas desagradables á Dios.

Luis siguió el consejo. La reina, al ver afeitado al rey, le encontró ridículo, y se entregó á varios amoríos. Esta conducta irritó al rey, y repudió á Leonor, bajo pretexto de parentesco. Se decretó el divorcio, y seis semanas después casóse Leonor con Enrique, duque de Normandía, llevándole en dote la Gascuña, la Saintonge y el Poitou.

En 1155 el duque de Normandía heredó la corona de Inglaterra; más, como por estar enclavadas en Francia las provincias del ducado de Guyena, que adquirió de su mujer Leonor, debía prestar vasallaje á Luis VII; para redimir esta servidumbre empezó á promover una serie de disturbios, que acabaron por convertirse en una guerra que, continuada por sus sucesores, duró por espacio de 300 años, y costó la vida á 3 millones de franceses y á no menor número de ingleses.

¡Y todo por haberse afeitado el rey Luis VII!

ALFONSO KARR

PARADOJA

Cuatro plumas de ganso en la frente,
cuatro rayas de minio en el pecho,
el cielo por techo,
por copa el torrente,
no sufrir tiranías ni ultraje
con la libre conciencia por ley,
esto es ser para el mundo un salvaje
sin Dios y sin rey.

Una pluma que mata en la mano,
cuatro trapos al cuerpo ceñidos,
un piso malsano,
manjares podridos,
y por culto la negra codicia,
y por ley un cañón ó bien dos;
esto es ser ciudadano ¡oh delicia!
con rey y con Dios.

JULIO ROMERO

MISCELANEA

Dos casadas se encuentran en la calle, y después de examinarse mutuamente, dice la una:

—¡Qué hermoso sombrero llevas! ¿Cuánto te ha costado?

—Reñir anoche con mi marido. ¿Y á tí ese lindo abrigo?

—¿A mí? Hacer las paces con Arturo.

Limpiaba el polvo un criado gallego en el gabinete donde estaba el piano, que había visto tocar á la señora, y picado de curiosidad, cayó en la tentación de sentar las manos sobre las teclas, y habiendo éstas sonado, como era consiguiente, exclamó el gallego pasmado y lleno de satisfacción:

—¡Lléveme el diablo, si yo sabía que tenía tanta habilidad!

En una de las espléndidas salas del Casino de Badén-Badén, un futuro suegro habla de su futuro yerno, y dice:

—Es un muchacho cabal, y estoy muy satisfecho de que entre en la familia; pero...

—¡Hola! ¿Hay un pero?—interrumpió el interlocutor.

—Sí; este chico tiene un grave defecto.

—¿Cuál?

—Que no sabe jugar.

—¡Hombre! ¿Y á eso le llama V. defecto?

—Y gordo; pues no sabe jugar y... juega.

SONETO

Sílfide blonda que en el rayo puro
del sol se mece al declinar el día:
Arpa que en sonos de inmortal poesía
hechiza y mueve el corazón más duro:
Ave que busca entre el rosal seguro
donde amar y cantar con alegría:
Flor espléndida henchida de ambrosía
gala y orgullo de este valle oscuro:
Así contemplo á mi Clotilde bella,
tesoro de candor y de ilusiones,
y ángel la llamo y la proclamo: estrella:
más cuando con volcánicas razones
voy á decirle «¡te amo!» pienso: «¿Y ella
me sabrá remendar los pantalones?»

JOSÉ SERRANO SANZ

BESOS Y LÁGRIMAS

La ví pasar hermosa, deslumbrante,
y un beso de mis labios se escapó:
el beso voló al aire y formó una onda:
¿dónde murió?

Una gota de llanto de mis párpados
la pena más horrible me arrancó:
la gota evaporada voló al aire:
¿dónde paró?

La onda fugaz de aquel ardiente beso
su círculo suavísimo estendió,
y en la cárdena boca de un suicida
tal vez murió.

El vapor de la lágrima amarguísima
por la azulada inmensidad flotó,
y á la Aurora en el cáliz de una rosa
tal vez paró.

ENRIQUE PASCUAL

CANTARES

El epitafio que quiero
adorne mi humilde tumba,
no es un verso en letras de oro
sino una lágrima tuya.

Cuando me voy á apartar
de tí por siempre, mujer,
no te pongas á llorar,
pues me vuelves á perder.

Madre, arrancadme la cara
que ayer me la escupió un pillo,
preguntándome si tengo
cien duros en el bolsillo.

El que mata va al cadalso
si la sangre brota afuera,
más si cae la sangre dentro
con aplausos se le premia.

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica, 2. Pasaje.

COMO BAILAN LOS OJOS

I

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.

Entra una moza triguëña
rozagante en un salón,
y en cada pupila enseña
un volcán en erupción.

Al rasgar con su mirada
las de quienes con codicia
de aquella luz inflamada
anhelan una caricia,

Son sus ojos celestiales
huris que con gracia ardiente
bailan danza de puñales
en las regiones de Oriente.

II

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.

Si modestamente os mira
cuando á mirar se la exorta,
y la mirada retira
cuando mirar no le importa,

Y mirando arriba, abajo,
adelante ó hacia atrás,
nunca escudriña á destajo,
sino con pauta y compás;

Ojos que así van mirando
con tal tino y gravedad,
son ojos que están bailando
un baile de sociedad.

III

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.

Ojos henchidos de orgullo
que no disparan mirada
que no sea un blando arrullo,
ó una fiera puñalada:

Ojos que tienen un vuelo
que cansaría á un ciclón-
ojos que suben al cielo
y bajan al corazón:

Ojos con mucho donaire,
mucho brío y mucha luz,
son luceros que en el aire
bailan un baile andaluz.

IV

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.

La que en velarlos emplea
siempre exquisitos cuidados
para que el mundo no vea
si son bizcos ó perlados;

La que los pone severos
y los reviste de calma,
y no asoma á estos luceros
toda la vida del alma,

Hace bailar á sus ojos
la danza que se usa en China,
que es danza que causa enojos
por misteriosa y supina.

V

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.

A la más sumisa esposa,
ó á la novia más querida,
prometle alguna cosa
y no se la déis cumplida.

Irritadas por el timo,
pensarán sólo en venganzas,
y dejando el dulce mimo
vibrarán sus ojos lanzas;

Y veréis si no os aterra
la mirada esquiva y sandia,
como bailan en su tierra
los salvajes de Zelandia.

VI

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.

Allí do tienen asiento
la modestia y discreción,
y á las galas del talento
prendas une el corazón.

Los ojos feos ó hermosos
despiden suave fulgor
inspirando deleitosos
placeres de casto amor.

Y estos ojos que relucen
con miradas tan galanas,
embelesan y seducen
como las danzas bosnianas.

COMO BAILAN LOS OJOS

VII

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.

Pupilas de intenso brillo
que vierten luz á raudales
como si fuesen castillo
de fuegos artificiales;

Son cual lindas bailarinas,
que haciendo con juego vario
las pestañas bambalinas,
y los ojos escenario;

Al compás de la armonía
de un requiebro que derrama
amor, placer y alegría,
están bailando la «Flama.»

VIII

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.

¿Son negros como el capuz
que enluta el disco del sol,
y tienen la viva luz
que reverbera el charol?

¿Arde en ellos el calor
de inocente juventud,
y aún no sienten del amor
la temprana esclavitud?

Pues estos ojos saltones
no manchados por el fango,
son como dos cimarrones
que están bailoteando el tango.

IX

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.

A una bizarra morena
juzad amor por los cielos,
y luego sin sentir pena
cargadle el alma de celos:

Si entonces osais mirar
lo que sus ojos retratan,
veréis que os quieren matar,
y sin embargo, no os matan.

Pues cuando pasión tirana
los mueve como almocafres,
bailan la danza africana
que suelen bailar los cafres.

X

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.

Ojos azules serenos
inundados de poesía,
y rientes cual los amenos
vergeles que Italia cria;

Ojos que miran al cielo
con afán contemplativo,
cual si signiesen el vuelo
de algún sueño fugitivo,

Si un día con arrebató
súbito amor los desvela,
se echan sin ningún recato
á bailar la tarantela.

XI

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.

Dama que á cien amadores
mira con tino oportuno,
haciendo á todos favores
sin disgustar á ninguno;

Y con gracia consumada,
siendo el coquetear su norte,
arrastra en cada mirada
un galáu más á su corte,

Cuando los ojos levanta
formando mil guiños nuevos;
es bayadera que encanta
con el baile de los huevos.

XII

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.

Cuando veáis unas pupilas
hermosas como un deseco,
que en vez de estar intranquilas
lanzando vivo chispeo,

Os miran con languidez,
y os están pidiendo besos
con la tierna placidez
de dos palominos presos,

Pensad que ojos que avergüenzan
así la pasión liviana,
son dos amantes que trenzan
una danza mejicana.

